



DEL CAMPO CONTRARIO

ANECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

(CONTINUA.)

22 de Junio 85.

Ahora que estoy enferma he sabido, de boca de la enfermera, la historia de este Colegio de San Amor. Un rico muy religioso dejó á su muerte un legado de 500,000 pesos para que la Iglesia fundase con ello escuelas católicas; no faltó quien denunciara ese legado, el fisco se incautó de él y el ministro de la Instrucción pública pidió que se le adjudicara el medio millon para establecer un colegio tipo, eligiendo para el objeto el abandonado convento de San Amor. D. Martin Casillas, hombre acaudalado, probo y progresista recibió el encargo de administrar esos dineros, fundar el colegio y regentarlo con el título de Protector y *sin un duro de sueldo*. El fin principal que persiguen los institutores del colegio modelo es librar á la mujer de inveteradas preocupaciones y formarle un espíritu libre y sereno, ilustrado y tolerante; pero hasta ahora, según dicho de la enfermera, no ha salido ninguna hija del colegio que haya terminado sus estudios: por lo cual puede afirmarse que el ideal de D. Martin Casillas y socios no pasa aun al mundo de las realidades.

Algunos ratos, ménos de los que yo quisiera, ha permanecido á mi lado Lucía, mi única amiga. Está penada con un año de no salir á la calle por lo que cantó cuando la malhadada lección de gimnasia. La pobrecita llora mucho y comienza á hacer unos pucheros que ni el cielo... ¡Qué piadosa es Lucía! Temo por su fé en esta casa de herejes. Y ¿por la mía? Me dan convulsiones cuando me ocurre lo que será de mí si esta situación se prolonga.

Ha venido á visitarme varias veces el Protector y ha sido tan cortés que se ha sentado á conversar conmigo. Parece que se em-

peña mucho por mi salud. ¿Tendrá remordimientos porque fué la causa de mi enfermedad? Casi siempre que viene me trae regalos, como dulces y hasta cintas. Me habla con una vocecita endulzada que no sé de dónde saca. Sus mimos me hacen daño; podía guardarlos para Luisa Vélez, que al decir de todas es su consentida.

1º de Julio de 85.

Ya me permiten abandonar la cama y salir del aposento. Ahora que no tengo de asistir á las clases, me ocupo en recorrer todo el colegio. Ayer mañana nos introdujimos por una puertuca desvencijada á la vieja capilla Lucía y yo. Aquello está de no verse. Se la oprime á una el corazón de hallar tan desolado el lugar santo. Las paredes lloran humedad. Las bóvedas y los ángulos están tapizados de telarañas. El oro de los colaterales fué raspado por mandato del Sr. Protector, que lo vendió en polvo para beneficio del establecimiento. Las imágenes benditas aun se ven en algunos nichos, éstas descabezadas, aquellas cojas ó mancas: en la capucha de un San Francisco anidan los mureielagos. La mesa del altar mayor fué convertida años atrás en pesebre para los caballos de un guerrillero célebre. Todo el pavimento está cubierto de pardos enlamados y estorbos indecentes. Al saltar Lucía sobre unos tercios á que se había encaramado tropezó con algunas calaveras y fémures humanos. ¡Uy! qué miedo. Serán restos desenterrados de algunas monjas, de las dueñas de esta casa. ¡Pobres dueños cuando caen bajo la piqueta civilizadora de la libertad! Dejamos aquel sitio con horror y tristeza en el alma y bañadas de polvo hasta las cejas.

Me han hablado algunas condiscípulas

dándome el parabien con sorna porque he desbancado á Luisa Vélez. Les pregunté por qué lo decían y una morena, muy cejijunta, que parece tener muy mal corazón y complacerse en humillar al mundo entero, me explicó que, como yo era tan hermosa, el Protector me prefería á Luisa que ántes era su dedo meñique. Y en efecto noté que la Señorita Vélez me miraba con mucho desden y me zahería por quitarme esas pajas. La infeliz estaba muy melancólica, con los ojos nublados como río revuelto. ¡Pobre! ¿Qué pasiones serán esas que causan tales estragos?

He vuelto al dormitorio dando vueltas en mi corazón á las dos cosas que me hicieron saber: primera, que el Protector me prefiere, y segunda, que soy hermosa. Lo uno me importa poco, más bien me enoja, lo otro me preocupa así así y hace brotar en mi alma la fuente de un placer desconocido, fuente que mana y mana y no sé cómo restañarla. He consultado diez veces al espejo para ver si era cierto lo que dijeron, y su respuesta ha sido tan vaga como los antiguos oráculos de Delfos.

10 de Julio de 85.

Hace muchos días que apenas rezo. ¿Habré perdido la fé? No, todavía creo, pero este ambiente, este ambiente... mi piedad se va muriendo de asfixia. Tengo una cosa que me hace pensar todo el día y soñar toda la noche. Van tres veces que el Protector me habla á solas y me pregunta por el estado de mi corazón. ¿Qué le importa á él mi corazón, ni qué sabe de corazones? El estado de mi corazón! Si supiera que él y su colegio me le han desgarrado cruelmente! Ayer se ocupó en hablarme difusamente de los ensueños de la adolescencia, de las primeras vaguedades eróticas... Me pintó la felicidad de la mujer

que ama y es amada, que encuentra un hombre á medida de sus deseos, rico, generoso, leal, y tiene vestidos, joyas, carruajes, casas bien amuebladas, peñadora, criados, quintas apartadas y... no me acuerdo que más, todo con unos colores... que á él le parecieron que me daban ambicion... y en verdad que me excitaban al sueño.

¿Que será lo que por las pláticas de las compañeras me he figurado? Aquí hablan muy mal, muy mal. ¡Ah! Los espíritus de los dos viejos de Susana han encarnado en éste.

Cuando me separé esta mañana de estar hablando con D. Martín, pasó junto á mi lado en la galería que ve al occidente Luisa Vélez y me dirigió al pasar una frase que no he entendido: "Creete, mosca, creete y te acordarás de mí" y luego se alejó dando saltitos y cantando:

Aprended, flores, de mí...
Lo que va de ayer á hoy.

19 de Julio de 85.

Ayer hubo fiesta en casa, la fiesta titular, porque hace años tomó la plebe de Francia la Bastilla. Que ¿qué nos importa la Bastilla ni la plebe de Francia á las educandas de San Amor? Dicen que mucho, porque como el Sr. Protector creo que es francés ó algo así. El hecho es que la fiesta estuvo muy divertida. Se vistieron de fantasía para bailar despues de la comida muchas alumnas, casi todas de hombres. Luisa Vélez (yo la quiero á pesar de todo) estaba muy linda de Mefistófeles, toda vestida de rojo con mangas acuchilladas de negro, un capotito negro hasta la cintura, su espada de hoja de lata, y unos cuernitos rellenos de algodón.

La morena de las cejas juntas, Eglantina Soveron, iba de Príncipe Fritellini, Juana Romero de Pipo, otra de Boccaccio, otra de Mascota. Quien de América, quien de Manola. Esta de Hugonote, aquella de Margarita de Borgoña. Llamó la atención una Carlota Corday que no había más que ver. Yo no me quise vestir, ni tuve con qué, por no aceptar un traje alquilado que me ofrecía Dno Martín Casillas.

En la mesa, como algunas son tan débiles de cabeza, hubo escenas nauseabundas, y brándis que no entendí y gritos de ¡Viva la Revolucion Francesa! ¡Viva el Protector! ¡Viva nuestro Colegio! A los postres se puso en pié Don Martín, que nos dispensó el honor de comer con nosotras, y dijo un brándis que me sacó los colores.

"Señoritas—dijo—incansables en nuestra loable tarea de emancipar á la mujer, espero de vosotras me ayudareis por cuanto medios estén á vuestro alcance á desenredar enteramente á una de vuestras hermanas, que todavía se revuelve indecisa en la oscura red del ultramontanismo, en las mallas que con su baba venenosa tejieron en torno de ella los enemigos y explotadores de la mujer. Supongo habreis entendido que se trata de la Srta. (Aquí mi nombre y las risas del concurso.) Brindo, pues, por que ella arribe cuanto ántes á la luz meridiana de la cultura y del progreso."

Todas aplaudieron, golpearon el suelo, vociferaron improperios y yo me morí de vergüenza.

Despues del baile, que duró hasta el anochecer, una profesora y el Príncipe Fritellini se desgñaron por asuntos particulares.

Se me olvidaba asentar que un fotógrafo, traído por el Sr. Protector, sacó retratos de las alumnas vestidas de fantasía. Anuncian que despues serán exhibidas esas placas en un panorama, y que el Protector tiene contrata con una compañía manufacturera de cigarros para que usen dichas fotografías en las envolturas, todo en beneficio del establecimiento.

(Continuará.)

Paráfrasis del "Dies irae."*

I

Ya me turban los horrores
Con que Dios vendrá severo:
Ya del incendio postrero
Me confunden los temores.

Ya miro que en sus ardores
"Dies irae, dies illa,
Solvat saectum in favilla;"
Y que el fuego libre y vago,
Hará en los cielos estrago:
"Feste David cum Sibyla."

II

Tiemblo al sólo imaginar
Del fin del mundo los males,
Y si sólo las señales
Tanto pueden consternar,
¿Quién es capaz de alcanzar
"Quantus tremor est futurus,
Quando Judex est venturus?"
Si entónces más indignado
Vendrá su poder airado
"Cuncta striete discussurus."

III

Trocada en rojo elemento
Será del aire la esfera,
Paveza su vidriera
Y caduco el firmamento.
Sonará con triste acento
"Tuba mirum spargens sonum
Per sepulchra regionum:"
La que de todos oída,
Convocando á nueva vida
"Coget omnes ante thronum."

IV

Ya escucho el ronco metal,
Cuyo despedido aliento
Dará al polvo movimiento,
Sentido y fuerza vital.
Conocida esta señal
"Mors stupebit et natura,
Cum resurget creatura:"
La cual triste y sin abono,
Se presentará ante el trono
"Judicanti responsura."

V

Contemplando esto admirado,
Disro cuál eugrande pena
Será ver que Dios condena
Públicamente al culpado.
Todo el mundo convocado
"Liber scriptus proferetur
In quo totum continetur,"
Porque sabido lo injusto,
Tenga Dios título justo
"Unde mundus judicetur."

VI

¡Horrenda cosa en verdad,
Y de grande confusion!
Ver que en público pregon
Saldrá toda iniquidad.
En trono de majestad
"Judea ergo cum sedebit,
Quidquid latet apparebit:"
Y conocido el exceso
De la culpa en el proceso,
"Nil inultum remanebit."

VII

Dulce Jesus amoroso,
Yo te ofendí, ya lo veo:
No me trates como reo
En aquel día espantoso.
Si me juzgas rigoroso,
"¿Quid sum miser tunc dicturus?
¿Quem patronum rogaturus?"
Pues siendo enorme mi culpa,

[*] La presente paráfrasis anónima de la famosa secuencia de muertos, tan edificante en el bien vivir, fué copiada por su mérito por el Ilmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara, Dr. D. Pedro Loza y Pardavé, de la parroquia de Asientos, á lo que recuerdo, y mandada, hace años, al que suscribe.

Pbro. DAMASO SOTOMAYOR.

¿Cuál puede ser mi disculpa,
"Cum vix justus sit securus?"

VIII

Trás lo malo sin temor
Desenfrenado he corrido;
Mas ya estoy arrepentido
Y cubierto de rubor.
Y pues eres ¡oh Señor!
"Rex tremendae majestatis,
Qui salvandos salvas gratis,"
Que me salves hoy pretendo:
Mira que ya no te ofendo.
"Salva me, fons pietatis."

IX

Si de mis culpas el duelo.
Llega tanto á acongojarme,
Sin duda querrás salvarme,
Pues por mí bajaste al suelo.
Ten memoria de aquel vuelo,
"Recordare, Jesu pie,
Quod sum causa tuae viae;"
Y cuando en final tormenta
Llegue el día de la cuenta,
"Ne me perdas illa die."

X

Por borrar el desafuero
De Adán, fuiste peregrino,
Fatigado en el camino
Y clavado en un madero.
Dios y hombre verdadero
"Quaerens me sedisti lassus,
Redemisti crucem passus."
Y pues para mi provecho
Todo el gasto tienes hecho,
"Tantus labor non sit cassus."

XI

Tú eres mar con cinco puertos
De gracia que me asegura,
Y en tí busca mi ventura
Perdon de mis desaciertos.
De pasados desconciertos,
"Juste Judex ultionis,
Donum fac remissionis,"
Para que, libre de pena,
Te goce el alma serena
"Ante diem rationis."

XII

Señor, aunque mi pecado
Altamente te ha ofendido,
Ya me ves arrepentido,
Contrito y apesarado.
Contra mí mismo indignado
"Ingemisco tanquam reus,
Culpa rubet vultus meus."
Escucha, pues, bondadoso
Mi súplica, y generoso
"Supplicanti parce, Deus."

XIII

Perdon espero, y no en vano;
Porque si á los pecadores
Recibes con mil amores,
Tambien me darás la mano.
Dulce Jesus, Dios humano
"Qui Mariam absolvisti,
Et latronem exaudisti:"
De esa bondad y clemencia
De esa misma indulgencia
"Mihi quoque spem dedisti."

XIV

Un volcan, un vivo fuego
Es ya mi pecho encendido;
Y el corazon derretido
Produce este humilde ruego.
Confieso que aunque así llevo,
"Preces meae non sunt dignae;
Sed tu bonus fac benigne,"
Haz que esté yo más contrito;
Y perdona mi delito,
"Ne perenni cremer igne."

XV

Cuando el frágil edificio
De mi cuerpo el alma deje
Y de la tierra se aleje,
¡O Jesus! sedme propicio.
Y al llegar á tu juicio,
"Inter oves locum praesta

Et ab hœdis me sequestra :”
Para que en trono de gloria,
Me des la postrer victoria,
“Statuens in parte dextra.”

XVI

Con iguales contrapesos
Juzgarás á los mortales ;
Mas con suertes desiguales,
Segun fueren los procesos.

Y cuando por sus excesos
“Confutatis maledictis,
Flamis acribus addictis,”
Les dieres eterna muerte,
A mí dame feliz suerte :
“Voca me cum benedictis.”

XVII

Sé muy bien que mi dolor
No equivale á lo ofendido :
Por eso postrado os pido
El que me le deis mayor.

Así pues, con gran fervor
“Oro supplex et acclinis,
Cor contritum quasi cinis :”
Y quitados los enojos,
Mientras que lloran mis ojos,
“Gere curam mei finis.”

XVIII

Esta vida es transitoria :
“Lacrimosa dies illa,
Qua resurget ex favilla”
El reo, vaso de escoria.

Y pues para pena ó gloria,
Para mal ó para bien,
Sabemos que no habrá quien
Deje de resucitar.
Hacednos, Señor, lograr
“Vitam aeternam. Amen.”

LA FLOR DEL AMOR.

I

Las blancas naves, con sus velas tendidas, se deslizaban silenciosas por el mar tranquilo, una noche de otoño, tibia y embalsamada por el perfume de las flores.

Fulques, el Magnífico, señor de Fréjus, de Montségur y de Minerva, se ha embarcado en la mayor de todas, en la que lleva á proa las imágenes de Marte y de María.

Los remeros cantan salmos al compás de sus remos, para conjurar la tormenta.

Sea que el remordimiento de faltas cometidas turbase su conciencia, haciéndole temer la eterna condenación, ó que antiguas visiones de esclavas, de las que entretenían sus ocios con bailes provocativos ó con suaves instrumentos, arrullasen su sueño, atrajesen su espíritu aventurero, lo cierto es que abandonaba al partir su hermoso castillo, coronado de torres esbeltas y rodeado de frondosos jardines y la rubia dama de azules y soñadores ojos que compartía con él tanta magnificencia.

Desde entónces, la bella Rosamunda esperó impaciente al señor, que no volvía, y que tal vez había encontrado la muerte en lejana tierra, sin que ella le prodigase sus cuidados, ni mano amiga cerrase sus ojos.

Sus brazos ociosos caían inertes á lo largo de su cuerpo, que adelgazaba; sus labios rojos parecían una flor abandonada, y sus ojos cambiaban su color de zafiro por el pálido tono de las turquesas.

Su único adorno era el anillo nupcial, que parecía recordar sus deberes y librarla de tentaciones.

Nadie traía noticias del esposo ausente. Ni los peregrinos que llegaban de lejanas tierras, y que siempre encontraban generosa hospitalidad en el castillo, ni los caballeros errantes que, mientras reposaban, calentaban sus ateridos cuerpos en la enorme chimenea en que los escuderos y pajes escuchaban entusiasmados narraciones de recientes combates; nadie había oído hablar del castellano.

La pobre abandonada, á nadie quería ver.

Sólo el paje Aymerillot la entretenía con sus cuentos. El enamorado mancebo ocultaba su pasión, aunque no tanto que su señora no la descubriese.

Sentíase feliz á sus pies, cuando ella, distraída, jugaba con sus rizados cabellos, y sus blancas manos rozaban su ardorosa frente.

La noble castellana, temiendo tal vez sucumbir á la tentación, resolvió alejar al enamorado pajecillo. Una noche en que juntos contemplaban la luna que se reflejaba en el lago, ella, señalando al cielo: Hay allá arriba—dijo—una estrella, en la que brota la flor que produce el amor, que preserva de la horrible vejez; ve á buscarla, y te prometo, si lo consigues, corresponder á tu cariño.

II

Aymerillot salió como loco, y subiendo á la torre más alta, maldijo la pequeñez humana. ¡Quién tuviese alas para conquistar la flor preciosa que le hiciera dueño del amor de Rosamunda! Y, sin darse cuenta, el pajecillo se encontró flotando sobre los abismos, y las nubes, envolviéndole en jirones de encaje, le arrastraron, entonando un himno triunfal, acompañado de arpas invisibles que producían armonías dulcísimas.

Y atravesando el espacio azul las hadas, depositaron al paje dormido sobre la estrella en que florece la flor del amor: en el planeta Venus.

III

Aymerillot, cual otro Hércules, domador de mónstruos, triunfaba de las esfinges que surgían de los antros tenebrosos, resolviendo enigmas complicados, venciendo dragones que se revolvían furiosos contra el filo de su espada, y atrayéndole en su persecución hacia lagos de fuego, de los que surgían Florannyes que modulaban frases dulcísimas y tentadoras, y de las que exhalaban perfumes embriagadores que producían vértigo. Y estrechando contra el pecho la flor conseguida con tanto afán, se encontró en un valle risueño. Hacía largos años que luchaba, ensangrentado el cuerpo y el alma desconsolada. Parecía haber vivido siglos desde que luchaba por conseguir el cariño de Rosamunda.

Dejóse caer desfallecido sobre el blando césped, y, á la puerta de una choza, bajo un emparrado de doradas uvas, apareció una joven ideal, de largos y sedosos rizos, cuya blanca vestidura parecía rodearla de un limbo de pureza; extendió sus manos temblorosas hacia la flor que Aymerillot llevaba en las suyas, ofreciendo en cambio sus rojos labios. No cambiaron una palabra, pero al señalarle un sitio en el tronco tronchado de un árbol, donde ella se sentaba, él comprendió que allí, á su lado, estaba la paz y la felicidad. Y besando aquellos labios virginales, el paje ofreció la flor, conseguida á costa de tantas penas, olvidando su primer sueño de amor....

IV

Las blancas velas no volvieron á aparecer en el horizonte trayendo al navegante, esposo de Rosamunda.

El rubio pajecillo tampoco acudió á las llamadas que en las noches de luna se exhalaban del corazón solitario de la dama; sus cabellos encanecían y sus azules ojos, causados de contemplar las estrellas y cegados por el llanto, se apagaron, como los cirios azotados por la lluvia, y, aunque sin verla, siguieron fijos en el sitio donde brilló la estrella que produce la flor del amor.

RENE MAIZEROL.

LA NOVIA.

I

Blanca como azucena de los bosques
Y blanco su vestido; ¡siempre hermosa!
Es el ángel sin par de los amores,
Y que lleva azahares por corona.

Puros lirios adornan el santuario,
Que recoge su mística plegaria;
El velo que la cubre aun es más blanco
Y más brillante que la misma escarcha.

Los encajes que adornan su vestido
Son las alas de célicos querubes;
El incienso que flota es blanquecino
Y le da al circundarla sus perfumes.
Las notas de la música divina
Son cual rayos de luz esplendorosa;
En atmósfera pura siempre filtran
Y se posan despues en su corona.

II

Blanca como la nieve de los campos,
Como anémone pura en el testero;
Como el lirio del bosque inmaculado,
Mas ella tiene el corazón muy negro.

Blanca como la luz de las estrellas,
Como el puro fulgor de los luceros;
Mas unas aves de las alas negras
La persiguen... ¿por qué? son sus recuerdos.

Blanca cual la gardenia que abre el broche
Al beso angelical de las auroras;
Y temblando despierta sin que brote
Su cáliz más que lágrimas á gotas.

Blanca como la niebla vespertina
Que sube lentamente á la montaña
Y aunque de hermoso blanco esté vestida...
Tiene muy negro el azahar de su alma!

1896.

Eduardo de Toro.

LA VERDAD Y LA MENTIRA.

(POR LEON TOLSTOY.)

HABIA una vez dos mercaderes: uno de ellos vivía diciendo mentiras, mientras que el otro rendía siempre homenaje á la verdad, por lo que se les designaba respectivamente con los nombres de la Mentira y la Verdad.

Mucho más rico que la Verdad era la Mentira. En cierta ocasión encontró éste á su compañero y le dijo:

—Escucha, Verdad; ¿no te parece que es mejor y mucho más conveniente vivir en la mentira?

—No, no lo creo, replicó la Verdad. Es muy cierto que con la mentira se llega más pronto á alcanzar los fines deseados, pero también se llega despues á lamentarlo.

—Veamos, tú sabes que mi fortuna es diez veces más grande que la tuya, y que únicamente por la mentira he logrado enriquecerme. Interroga á cualquiera si no vale más vivir en la mentira que en la verdad, y te daré todo lo que poseo si alguno te da por respuesta que es preferible la verdad. Si, por el contrario, te responden en mi favor, tendré derecho de quitarte todos tus bienes.

—Nada razonable me parece tu proposición, objeto la Verdad, pues es muy probable que los hombres tengan tus mismas ideas, y aun cuando digan que debe preferirse la verdad, será siempre con la intención de seguir tus principios. En cuanto á mí, no tengo por qué preocuparme de lo que piensen los demás; mis ideas me satisfacen; por lo que respecta á tus riquezas, nada tengo que hacer con ellas. ni quiero tampoco arriesgar inútilmente mi pequeña fortuna.

—Ah, ya te conozco, no quieres apostar por temor de perder, replicó la Mentira. Entónces no tenías para qué predicar con el ejemplo.

—Veo que no nos entendemos, y la discusión se hace pesada: yo no viviré como tú, ni tú querrás vivir como yo. Voy á hacerte otra proposición: todavía estás muy joven; yo no soy viejo, y si Dios nos da vida, el tiempo se encargará de probarnos cuál de los dos tiene razón.

—Convenido, pero yo te aseguro que tendrás que desprenderte de tus ilusiones, dijo la Mentira con una sonrisa.

La Verdad no respondió.

Pasaron treinta años y no se volvieron á ver la Verdad y la Mentira. Estaban ya viejos cuando un día se encontraron frente á frente.

—Mucho tiempo hace que no nos vemos, dijo la Mentira; ya desesperaba por tener este placer... Y qué hay? ¿Cómo te va? ¿Has ganado mucho dinero?

—No, no he ganado nada, respondió la Verdad, pero no me quejo. Doy gracias á Dios de que vivo sin cuidados ni penas; estoy ya muy viejo para trabajar, pero en cambio tengo un buen hijo que remedia todas mis necesidades.

—¿No tienes más que un hijo?

—Uno solo tengo.

—Pues yo tengo muchos hijos é hijas; pero ninguno me ayuda en mi trabajo, ni me demuestra la más pequeña consideración, á pesar de ser todos muy inteligentes. Les falta el corazón; derrochan mi fortuna y ni siquiera me lo agradecen. Ya no me ocupo de ellos; les dejo hacer todo lo que quieren. Pero no es eso sólo; mis antiguos amigos, mercaderes como yo, tratan de engañarme por todos los medios posibles; mis parientes no dejan de buscarme pleitos y de intentar contra mí una y otra demanda. Ah! no; mi vejez no tiene nada de alegre!

Así conversaron algunos instantes la Mentira y la Verdad, y se separaron para no volverse á ver.

—Pobrecillo! pensó la Verdad al alejarse. Ya no dirás que es mejor vivir en la mentira. Por desgracia has tenido ese conocimiento demasiado tarde, pues si lo hubieras comprendido á tiempo no habrías llevado tan triste vida. Te había juzgado mal, pero hoy veo que no eras digno de censura sino de lástima, pues eres el más pobre á pesar de tus riquezas.

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

XXVI

CONSUEGRA.

(Septiembre de 1891.)

I

Sobre verde llanura, al pie de un monte,
Reclinada entre bellos olivares,
Y ceñida por diáfano horizonte,
Ostentaba Consuegra sus hogares.

La corriente veloz del Amarguillo,
Pasando por su seno,
Regaba de sus huertos el tomillo,
Fecundando despues sus ricas vegas.

De la industria el empuje poderoso
Sentíase en molinos y talleres;
Y el campesino fuerte y laborioso,
Cultivando sus fértiles trigales,

A la divina Ceres
Consagraba sus cantos matinales.
Todo era vida, animación, contento,
En aquella region en que natura
Prodigaba perenne galanura.

II

Pero llegó una noche en que su cielo
Cubierto de preñados nubarrones,
Rasgó sus cataratas sobre el suelo,
Días antes lozano,

Sembrando la inquietud y el desconsuelo.
Cruza el aire el relámpago luciente,
Retumba el trueno en el espacio oscuro;
Y el huracán enrespa la corriente,
Y azota del santuario el recio muro.

Hincha sus ondas el potente río,
Y al salir de su cauce,
Devastador extiéndese bravío

Por la cuidada villa,
Derribando sus aguas cenagosas
Las macizas paredes y las chozas.
Entre el fragor del impetuoso viento
Se alza un lamento en la infeliz Consuegra,
¡Ay! en las sombras de la noche negra
Se siente herida por destino cruento.

Allí donde anidaban los amores
Del padre cariñoso,
Y guardaba la esposa blancas flores,
Emblema de su púdico embeleso,
Sólo se encuentra el eco del gemido
Que se extingue del agua en el bramido.

Busca el infante el maternal regazo
Al sentir el temblor de la agonía,
Y asido al cuello con el débil brazo,
Muere inclinando la cabeza fría.
Aquí el clamor al desplomarse un techo,

Allá la lucha entre las fieras olas;
Y el angustiado pecho,
Llamando al cielo con amarga queja,
De sus hermanos más y más se aleja.
La noche avanza y el espacio crece;
Al soplar del horrendo torbellino,
El vértigo arrebató y desvanece,
Y arrastra el pavoroso remolino.

La parca segadora,
Cumpliendo los mandatos del Eterno,
Al robusto varón y al niño tierno,
Y á la doncella casta y seductora,
A su carro triunfante acerca y ata,
Y con sed insaciable hiere, mata.

III

Cuando la aurora desplegó su broche,
Dejando ver su plácida sonrisa,
Al dulce halago de la fresca brisa
Huyeron los estragos de la noche;
Mas un cuadro de muerte y de pavora,
A cuya vista herízase el cabello
Y el corazón se anega en amargura,
Deja ver á su límpido destello.

Triste montón de ruinas donde yacen
Mezclados los cadáveres y el cieno,
Palpitantes dospojos
De un pueblo ayer de patriotismo lleno.

¿Qué se hicieron, Consuegra, tus olivos
Y tus galanas rosas?
¿Qué tus hombres intrépidos, altivos,
Y tus hijas hermosas?

El exterminio se posó en tu frente,
Y á su contacto destructor gemiste;
Te inclinaste á sus golpes impotente,
¿Quién á su aliento sin igual resististe?

Ya no se oye del mirlo
Entre el ramaje el delicioso canto;
Sólo hay en tus escombros
Desolación, miseria, eterno llanto.
España llora al contemplar tu pena,
Y México, tu hermano,
Desde el confin de sus remotos mares,
Extiende á tí su bienhechora mano.

Tus lágrimas enjuga.
Que la bendita caridad avanza,
Y endulzará tu lloro:
Da cabida en tu pecho á la esperanza.

XXVII

Para el álbum de la señorita Cármen Castañeda.

Cuando sepas, Cármen, cuánto quieren
Al oasis el cansado caminante,
El girasol al lumínar del día,
Y á los boscajes vírgenes el ave,
Sabrás lo que por tí siento en el alma;
Por tí que de la vida los azares,
Con tus halagos de amistad sincera,
Eres oasis gentil, sol y boscaje.

XXVIII

Leía, Cármen, contento
De tu álbum los primores,
Cuando miré entre sus flores
Este triste pensamiento:
"Un álbum es recipiente
Donde entre afloja y estira,
A impulsos de la mentira
Se adula mucho y se miente."

En verdad, ¡pardiez! confieso
Que fué tal mi indignación,
Que sentí mi corazón,
De ira quedar opresso.

Si el autor, á la mentira
Hizo honores oficiales,
Que no haga á todos iguales,
Ya que él afloja y estira.

Piensa, Cármen, el león
Que en esta pícara tierra,
Todo lo que una alma encierra
Es como él de condicion.

Mas no, que si hay en el mundo
Embustera y vana gente,
Hay pechos en que se siente
El cariño más profundo.

Y podrá ser torpe alarde
Manifestar su ternura
Cuando el alma está segura
Del fuego santo en que arde?

Por mí sé decirte, amiga,
Que mi pluma mal cortada,
Si bueno no escribe nada,
De mentir es enemiga;

Y si mi callado labio
Se abre y te dice: "te quiero,"
Es que lo siente primero
El corazón, sin resabio.

(Continuará)

DE HEINE.

Están envenenadas mis canciones,
¿cómo no, vida mía?
Tú el veneno has vertido
sobre la flor hermosa de mi vida.

Están envenenadas mis canciones,
¿y cómo no, bien mío?
Serpientes mil mi corazón enlazan,
y en él vas tu además, dueño querido.

EL ILMO. SR. DR. D.

PEDRO BARRIENTOS LOMELIN,

Cuarto Obispo de Durango.

SIGUENZA, Teatro Parthenico, pág. 88, nos dice que era mexicano, lo mismo Vetancourt, Robles y Beristain. Su padre fué el Dr. D. Diego Barrientos Rector en 1630 de la Universidad de México en la que llegó á ser el decano, abogado de la Audiencia de México; su madre María Lomelin. Tuvo nuestro D. Pedro dos hermanos agustinos, Antonio que profesó el 18 de Abril de 1622 y Nicolás el 1º de Marzo de 1630 aquel también fué Rector de la Universidad, como dice Guijo en 10 de Noviembre de 1658 á la sazón que era Prior del convento de México, y otro llamado Vincencio que se graduó con él á quien el mencionado Siguenza llama equivocadamente Agustin, pues he visto el expediente original, que existe en la Biblioteca Nacional que para obtener las infulas doctorales á ámbos hermanos se les formó, donde consta que Pedro era menor, que había recibido el grado de licenciado en Canones en la Universidad de Salamanca, despues de haber estudiado anteriormente en lanuestra, y que el 8 de Mayo de 1629 se les confirió la borla en la mencionada facultad por mano del Maestrescuelas Herrera, cuando era rector el Dr. D. Nicolás de la Torre. Al solicitar dicho honor ya era Canonigo de esta Metropolitana Catedral. El capitán D. Diego Barrientos Lomelin, muerto en 1679 también era su hermano. Hubo en Catedral un Canonigo Penitenciario Agustin, no se si también sería hermano de los anteriores, así como otro Canonigo llamado también Pedro.

Nuestro D. Pedro desempeñó los siguientes cargos:

El 10 de Noviembre de 1641 fué electo igualmente rector de la Universidad, y anteriormente dos veces lo habían sido, una en 1635.

El 13 de Enero de 1642, el virrey, Marqués de Villena, le nombró Vice-Cancelario de la Universidad, por lo que dejó el rectorado, y continuó con esa comision hasta principios de 1644 (Plaza.)

En 1645 era ya dignidad Tesorero, consultor de la Inquisición, Provisor y Vicario General (así se lee en las licencias para la impresión de un sermón de San Francisco, y para la gramática del idioma mexicano por el P. Carochi.) Comisario General de la Santa Cruzada, del Consejo de Su Majestad como se ve en el Panegirico de la Paciencia dedicada al Sr. Barrientos. También el Br. D. Miguel Sánchez le dedicó su Historia de Nuestra Señora de Guadalupe en 1648 donde consta además que era Vicario de to-

dos los conventos de religiosas de esta ciudad.

En la obra «Noticia breve de la dedicacion de nuestra Catedral,» publicada en 1661 se refiere en la pág. 9 que estaba la fábrica de este templo por encargo particular del Virrey Conde de Salvatierra, al cuidado del Sr. Barrientos. (1642 á 1648.)

En el Diario de Guijo he hallado las noticias siguientes acerca del Ilmo. Sr. Barrientos:

“1650.—Mayo 1º. Llegó aviso que había sido nombrado Chantre.—Julio 14. Llevó el Depósito Sagrado procesionalmente para la iglesia de San Lorenzo que en ese día fué su dedicacion.—Diciembre 25. Le eligieron para Vicario Capitular, por muerte del Ilmo. Sr. Arzobispo Mañozca y se agrega que también lo fué en la vacante del Sr. Manzo [1635.]

“1651.—Octubre 15. Cantó la misa en la fiesta que los carmelitas hicieron á Santa Teresa, en ella predicó el Dr. Cuevas Dávalos, ámbas circunstancias llamaron la atención entonces.—Noviembre 23. El nombramiento de albacea de D. Alvaro Lorenzana que dejó más de 800 mil pesos.—Diciembre 16. Se supo que venía de Arzobispo el Sr. López Azcona quien dió al Sr. Barrientos poder para que tomara posesion en su nombre y gobernara la Metropoli; lo cual se verificó el día 26 del mismo mes y dió un Edicto para prohibir “las danzas y músicas, y los altares, y postular limosnas con imágenes de devocion por las calles y recogiendo todas las licencias debajo de excomunion mayor, latæ sententie.”

1653.—Mayo 22. Puso la 1ª piedra para la iglesia de Santa María de Gracia (nacida despues por San José de Gracia.)—Julio 5. Llegó la noticia de su nombramiento para Obispo de Durango; el 25 asistió como mitrado á la consagracion del Sr. Arzobispo López Azcona.—Octubre 7. Este prelado por motivo de enfermedad fué á cambiar aires á Tacubaya á la casa de campo del Sr. Barrientos.—Octubre 15. Despues del entierro de este Sr. Arzobispo “entraron en cabildo á proveer lo siguiente: provisor (*sic*) á D. Pedro de Barrientos, Obispo electo de Guadiana. . . .”

“1654.—Junio 11. Por muerte del Dr. Castillas “el virrey dió la Cancellaria de la Universidad al Dr. D. Pedro Barrientos, provisor de este arzobispado.”

El P. Alegre, lib. VIII, pág. 409, de su Historia de la Compañía de Jesus, refiere que en la 1ª dedicacion de la Catedral de México que tuvo lugar el 2 de Febrero de 1656 “se cantaron á un mismo tiempo cuatro misas diferentes en los cuatro altares principales con otros tantos coros de músicos sin confundirse ni desigualarse unos de otros en sus operaciones y ceremonias. En el lugar principal se cantó la

misa de la Dedicacion. En el de mano derecha, le misa del Santísimo Sacramento.” En el altar frente del de los Reyes, cantó la misa de la Purificacion de Nuestra Señora el Dr. D. Pedro Barrientos, chantre de la iglesia y Obispo electo de Guadiana y en el otro altar fué la misa del día de la Asuncion.

Prosigue Robles:

“1656.—Junio 29. Presentó sus bulas el Sr. Barrientos á las cinco de la tarde en el Cabildo de la iglesia, se despidió de él, y luego se repicó.

—Julio 16. Se consagraron el Sr. Barrientos y el Sr. Montiel, Canónigo de Calahorra, en el pueblo de Tepeaca por mano del Sr. Evia, Obispo de Oaxaca “y entró en esta ciudad el dicho D. Pedro juéves 20 de Julio.”—Julio 25. Consagró el Sr. Barrientos al Sr. Arzobispo Sagade de Bugueiro y el 26 le impuso el Pálio.—Octubre 20. Tomó posesion el Dr. Puerto de la plaza de Comisario General de la Santa Cruzada de este reino, que tenía el Sr. Barrientos, quien se lee: “está ya de partida para su obispado.”—Noviembre 10. Salió de esta ciudad el Obispo Barrientos para su huerta de Tacubaya y hacer desde allí su viaje á la Nueva Vizcaya, á gobernar su obispado.» (1)

«1658.—Domingo 3 de Noviembre. Llegó correo á esta ciudad de haber muerto domingo 27 de Octubre [2] el Ilmo. Sr. Barrientos, de un carbunco que le cayó en el cerebro.»—Noviembre 14. Hicieron honras en San Agustin, presedidas de un novenario de misas cantadas por el finado Sr. Barrientos, «cantó la misa el Dean y asistieron todas las religiones y nobleza; y asimismo en los conventos sujetos al Ordinario se hicieron novenarios y honras por dicho Obispo.» Su hermano Fr. Antonio promovió lo primero.

En un opúsculo con el título «Publicacion de la Bula de la Cruzada, de la segunda publicacion, de la concesion séptima celebrada en el día 29 de Septiembre de 1649,» dado á luz ese mismo año, en la Dedicatoria se lee el siguiente elogio de este Prelado: «tan legal, y tan atento, que entera bien en las obligaciones de que es deudor á su sangre, y á su persona, con los honrosos desempeños de sus acciones, en las públicas, y del servicio de Dios, y de su Majestad, tratando estas causas con tanta exaccion, diligencia y culto, que le ajusta de lleno la alabanza que decía Seneca á su Paulino: «Adminstras las cosas terrenas con abstinencia, como agenas; con diligencia como propias, con re-

[1] El Sr. Lorenzana escribió, que el 22 de Diciembre tomó posesion.

[2] El cronista Medina, pág. 241, y el P. Vetancourt, Teatro Mexicano, Tratado I, cap. III, núm. 87, señalan este funesto acontecimiento el 19, el Sr. Lorenzana y los que han escrito despues, el 28.

ligiosidad como públicas.» Como se ha lucido en todas las ocasiones, de administrar su comision con todo esmero en la solemnidad y pompa, y en especial en esta de la publicacion de la Bula, etc.» No se ha impreso, que yo sepa, ninguna biografía completa ni aun la oracion fúnebre que debió pronunciarse en las Honras que se celebrarían en su Catedral. Beristain trae que publicó:

«Apología de los priyilegios concedidos por la Silla Apostólica á los regulares de Indias. Imp. en México 1652, fol.»

«Fundamentos legales para obligar al Maestrescuelas de la Iglesia de México á que tome posesion de la dignidad de Arcediano á que ha sido promovido. Imp. en México sin expresion de año, en fol.»

El retrato de este Obispo existe en nuestro Museo Nacional.

Estos son los datos que he podido encontrar acerca del 4º Prelado duranguense.

MANUEL HERPST

EL TIEMPO.

Al Sr. Lic. D. Victoriano Agüeros
Le dedica un antiguo suscriptor de su periódico

“EL TIEMPO.”

El tiempo se pasa breve,
En su curso va dejando
Como rastro asolador,
La tristeza del dolor,
Sin encanto el corazón.

Es la vida un torbellino
De espuma, que se evapora,
Que se deshace cual humo
Y se pierde y se termina
Sin dejar huella ninguna.

Como la luz de una lámpara
Al principio muy brillante,
Despues ménos difundida,
A poco más reducida,
Al fin y al cabo, espirante.

Ya se opaca ya titila
A cada instante: tan triste
Como lamento del viento
Cuando silbidos susurra,
O zumbando da quejidos.

El tiempo y la vida son
Enemigos capitales. Librando
Están lucha cruel: caminan
Por derroteros uno y otra iguales,
Verdugo y la víctima unidos.

Cuánta fé se necesita,
Para calmar la borrasca
Que la vida precipita,
Perdiéndose por instantes
Estos engranes volantes,
De esa rueda incesante
Dueña de todos los séres, árbitra
De su antojo volca la vida,
Principio y fin que arruina
Cuánto en el orbe se anima.

Aun de la tierra sus campos,
Montes, cerros impetuosos ríos,
Cuanto existe é inanimado
Aparece á nuestra vista
Implacable el tiempo inmola.

La muerte es el tiempo,
Guadaña su curso
Niñez, infancia, vejez
Sorprende: cunde y avanza
Desastre de los séres, les alcanza,
Es momento, múltiple sumado,
Cadena interminable sin fin,
Inextricable tejido, tupida red

Que se agita, que recoge
Sin cesar, que no se para jamás.
Se asemeja, cuanto cabe,
Por su alcance prodigioso
Porque no tiene confin,
Porque dura sin medida
A la eternidad figura.
Veloz como el viento,
Sutil cual la luz
Rauda que se escapa
Como olas del mar
Que se alzan y bajan con ímpetu igual.

Tacubaya, 10 de Julio de 1897.

S. P.

Las ternuras de la muerte.

(CUENTO.)

ERA un pueblecito, casi una aldea: en un repliegue del monte se escondía humilde y temeroso, como el que huye del mundo y del bullicio.

Y nadie en el mundo se acordaba de aquellas cuatro casuchas ocultas entre árboles añosos y arrebujadas, acaso para taparse mejor, con enredaderas y emparrados.

Nadie se acordaba; pero hay un sér que nunca se olvida de nada ni de nadie: en buena memoria no hay quien iguale á la Muerte.

¿A qué cita no acude? ¿Cuándo se ha retrasado? ¿A quién hizo esperar si le llegó su hora? ¡Parece imposible que en el hueco de un cráneo vacío quepan tantos recuerdos!

Pues era una tarde de invierno y la Muerte se metía presurosa por el repliegue del monte. Iba de cara al viento: un viento de esos que por venir rastreros, traen remolinos de polvo, y el polvo se le metía, no diré por los ojos, pero sí por *los cóncavos*, á la vieja de las agonías. Por eso, sin duda, se le pusieron aquella tarde *los ojos tiernos*, si vale la palabra. Hubo un momento en que se le metió un moscardon, que anduvo revoloteando por la pequeña caja huesosa, hasta que lo sacó con la punta de la guadafia: hay moscardones que nada respetan.

Entró al fin la Muerte en la aldea, y despues, en una de sus casas más pobres, entre tantas de humildad y pobreza.

En aquella casa vivía una abuela muy vieja, con su hija, jóven todavía, y con una nietecilla de pocos años.

La abuela lloraba: agonizaba la hija y á la nieta la entretenían unas vecinas.

Como que no se esperaba más que la llegada de la Muerte para que aquello acabase, aquello acabó en cuanto entró la siniestra viajera.

Se acercó á la cama, y tenía ya tan poca vida la pobre jóven, que la Muerte no hizo más que darle un beso en los labios, y el beso se confundió con el último suspiro: aquél he-

lado, aún tibio éste: despues helado^s los dos.

Se asomó la Muerte á la ventana y no se atrevió á salir de la casa: el viento era cada vez más frío, más fuerte y más polvoriento. Resolvió pasar en aquella casa la noche, se acurrucó en un rincon de la salita que comunicaba con la alcoba y se decidió á dormir; que, por más que digan, á veces tambien echa sus sueños la Muerte. Y sus sueños son muy curiosos; alguna vez los contaré.

No cerró los párpados, porque no los tiene su descarnada calavera; pero apretó los bordes de los cóncavos, los juntó todo lo que puedo y los huesos se le llenaron de sombra: durmió. Algunas horas despues despertó: porque la Muerte tiene el oído muy fino: como que es la única que oye á las almas cuando se escapan del cuerpo, á veces llorando, otras veces riendo. Despertó, porque oyó un pequeño ruido.

En el centro de la sala, en el suelo, estaba en su ataúd la muerta, vestida de negro, con las manos en cruz y pálida como la cera; en los cuatro extremos, cuatro velas encendidas.

La abuela, abrumada de cansancio y de dolor, se había llevado á la niña á una habitacion próxima, y se había quedado dormida: ¡pobre vieja! había velado muchas noches y además la Muerte estaba cerca y alrededor de ella andaba siempre el sueño.

La niña se aprovechó del sueño de la abuela, se le escapó de entre los brazos y se fué á la cama de su madre: el ruido que hizo al entrar fué el que despertó á la Muerte.

La Muerte miró con curiosidad á la pequeñuela.

La niña llegó á la cama, se empinó cuanto pudo y miró con la cabecita á ras de las sábanas: la cama solitaria ante el pequeño sér se extendía como llanura helada en noche de invierno: su madre no estaba en ella.

La Muerte pensó que en la vida hay muchos desiertos, pero ninguno como aquél.

El primer desierto á que la niña se asomaba era el mayor.

Y se conmovió la Muerte algo, sin duda porque el polvo del camino le había enternecido los ojos.

Como la Muerte no tiene nervios, toda emocion en ella se traduce por crujimiento de huesos; y la crujió el esqueleto.

La niña oyó el crujido; se volvió y miró hacia la sala. Vió luces y allá se fué.

Junto á la Muerte pasó, pero sin verla; los niños no ven nunca la Muerte aunque con ella se rocen.

En pie quedó la pobrecilla contemplando el cuerpo inmóvil de su madre.

Al pronto no la conoció; luego sí, y empezó á llamarla muy bajito:

«¡Mamá! . . . ¡Mamá!»

La Muerte enderezó su esqueleto y observó.

La niña seguía llamando á su madre, pero sin atreverse á tocarla: la inmovilidad y el silencio la daban miedo.

«¡Mamá, mamá, despierta! ¡Tengo frío! ¡Déjame echar contigo!»

A la Muerte se le estremeció otra vez toda la osamenta y enclavijó las huesosas falanges de las descarnadas manos en los huecos de las secas costillas. Si hubiera tenido corazon, al corazon hubieran llegado los dedos. Pero la Muerte no tiene corazon.

Al fin la niña se arrodilló junto al cuerpo de la madre, y con la tibia manita hizo una caricia en aquel rostro más frío que el mármol; pero la retiró con terror diciendo: «¡Fría. . . fría. . . mamá, mamá. . . estás muy fría!»

La Muerte, que nunca desea nada, tuvo un deseo: poder dar calor á la cara de la pobre madre, para que la niña no dijese que estaba fría.

Y se empezó á restregar las manos una con otra; pero por más que hacía, lossarmientos huesosos siempre estaban helados.

Vencida en este empeño se puso las manos delante de la boca y en ellas echó el vaho: empeño tambien inútil, era vaho de sepultura en noche de nevada.

Entónces le ocurrió una idea: acercó las manos á la llama de una de las luces; pero la luz se apagó.

La Muerte se dió por definitivamente vencida: alguna vez lo ha de ser.

La niña seguía llamando á su madre con monotonía de péndola de reloj ó de corazon que late.

La Muerte abría y cerraba la boca al mismo compás. Es decir, la boca no: lo que hacía era separar y juntar en forma grotesca los dientes, como si imitando á la niña quisiera decir tambien «mamá, mamá.»

¡La mamá de la Muerte! Eso quisiéramos saber: quién ha sido su mamá.

Al fin la niña lloró muy bajito.

«Mamá. . . mamá. . . tómame en brazos. . . . en brazos. . . » y procuraba separar las manos cruzadas de su madre y abrirle los brazos para que la recogiese en ellos.

Imposible: no tenía fuerza para tanto la pobre chiquitilla. Los brazos de su madre estaban rígidos: los dedos de su madre eran clavijas de hielo.

Pero esto sí estaba al alcance de la Muerte. Dar calor no puede: hacer que la muerte abrace, eso sí.

Y se acercó al cuerpo de la pobre mujer: se inclinó sobre él: le separó los brazos como abriéndolos, de modo que no parecía sino que la madre los estaba abriendo como de costumbre. . . y esperó. A la niña no se atrevió á tocarla.

Y así estuvieron: la muerta en medio; á un lado la niña arrodillada, llorando, llamando á su madre y con los puñitos en los ojos; al otro lado la Muerte, arrodillada también, bajándose casi al nivel de la niña y sosteniendo abiertos los brazos de la madre. Así estuvo esperando con paciencia suma; porque nadie tiene más paciencia que la Muerte.

Al fin la niña miró; vió aquellos brazos que se abrían, y se dejó caer en ellos contra el pecho de su madre.

La Muerte, con mucho cuidado, cerró los brazos y puso las manos de la madre muerta sobre la cabecita de la niña.

Cuando la Muerte se puso en pie, sin duda por el esfuerzo y por lo violento de la postura, se había sofocado y sentía un poco de calor.

La niña se iba durmiendo; pero no se dormía del todo.

—Mamá... ríete... Ríete, mamá... —decía acariciándole la cara.

La Muerte quiso reír; pero resultó una mueca horrible.

Entonces se fué al balcon y lo abrió: amanecía: una mañana fría, pero espléndida; celajes de color de rosa; neblinas flotantes; rayos de luz.

Y pensó la Muerte: «Risas por ahora no hay más que esas: las del amanecer.»

Pero la niña no se acababa de dormir: lloraba callandito, y llorando decía

—Mamá... mamá... cántame... cántame... Si no me cantas, no me duermo.

La Muerte vaciló; después abrió la boca; fué un bostezo horrible, pero de la negra caverna no salió ni un sonido.

Meditó un momento y se dirigió otra vez á la ventana.

Se asomó y de entre la enredadera, que por ella trepaba, cogió un nido. Los pajarillos se alborotaron: el padre y la madre salieron huyendo. La Muerte puso el nido al lado, muy cerquita de la niña, y mientras los pajarillos piaban, el padre y la madre revoloteaban al rededor del nido, alrededor de la muerta, sobre la cabeza de la niña, por entre las luces agonizantes, como mariposas colosales. Y mientras volaban ansiosos piaban y piaban, tanto, que cantaban casi.

Canto debió parecerle á la niña, porque se durmió al fin, recostada sobre el pecho de su madre; entre los brazos de la muerta; pegando su carita á aquella otra cara rígida, fría, inmóvil; mojándola con sus lágrimas.

La Muerte se inclinó; con dos de sus dedos, como con pinzas de hueso, cogió una de aquellas lágrimas.

Después salió de aquella casa, salió de la aldea, y siguió por el repliegue del monte, llevándose entre las tenacillas verdosas de sus dedos la lágrima de la niña cogida de las frías mejillas de la madre, como el

ladron que huyera llevándose una perla robada.

Dos ó tres veces se la llevó á los labios; pero no tenía labios con que recogerla.

Se la llevó á los ojos, pero no tenía ojos que humedecer.

Y al fin salió el sol; uno de sus rayos fué persiguiendo á la siniestra ladrona, y á fuerza de acariciar la lágrima, la evaporó

Cuando la Muerte sintió que entre sus dedos no había nada, dejó caer el brazo con algo parecido al desaliento; se escarvó los huecos de los ojos, como si en ellos sintiese singular picazon, con la punta de la guadaña, y siguió su camino. Y allí acabaron las ternuras de la Muerte.

1º Enero 1897.

JOSE ECHEGARAY.

A MEDIA NOCHE.

“¡Abre!” dijo una voz á mi ventana
¿Quién eres? dije y escuché anhelante.

“Yo soy el que tú amas,
yo soy aquel que esperas
llorosa y desvelada.

“Para tu corazon acongojado
traigo la eterna calma, el dulce olvido
y te haré con mis brazos
una fresca almohada
que nunca moje el llanto.

“Ha tiempo la honda queja que te arranean
los largos días de mi triste ausencia,
vibrante y prolongada
en armoniosas ondas
penetra hasta mi estancia.

“¡Harto la tierra por tu mal regaron
tus ojos, infeliz! Dobra la frente,
entorna el negro párpado
y á mi amoroso beso
reposa entre mis brazos.”

Acudí palpitante á la ventana
y la sombra cavaron mis pupilas;
levanté la mirada
y en el azul inmenso
el ángel de la muerte se elevaba.

Julia.

Junio.—97.

PROTECCION DE MARIA.

LA BORRASCA.

I

DESPUES de repetir muchas veces la despedida, Jaime y su hijo salieron de la pobre cabaña que les servía de albergue.

Allí quedaban dos pedazos de su corazon: Marta y Lorenza, esto es, la mujer de Jaime y la hermana de Andrés.

La tarde acababa. Más allá de la movable línea de agua en que parecían juntarse la mar y el cielo, brotaban aun débiles resplandores rojizos, postreros fulgores de la radiante luz del sol, hundido hasta la mañana siguiente en las ignoradas regiones de la noche.

Jaime y Andrés llegaron á la playa, desamarraron la lancha y se hicieron á la mar.

II

La noche se presentaba oscura, tempestuosa.

El mar, agitado por ráfagas de viento, anuncios de un vendaval cercano, jugaba con la débil embarcacion, llevándola á su antojo, sin que los esfuerzos del hombre y el niño reunidos fuesen obstáculo á su inconmensurable poder.

—Padre, arriemos la vela—dijo Andrés procurando que su voz dominase el mugido de las olas.

—¡Arrial—gritó Jaime, que no quería separarse del timon.

Cuando la órden estuvo cumplida, la velocidad de la lancha disminuyó tanto como aumentó su movimiento; sin embargo, gran parte del peligro de ser arrastrados había desaparecido; el viento, que hacía vibrar con ímpetu el ligero cordaje, les habría arrebatado demasiado lejos de la costa.

—Mala noche, Andrés—dijo Jaime á su hijo, que junto á él esperaba sus órdenes en actitud resuelta.

—Sí, padre; mala noche nos aguarda; si volvemos, volveremos de vacío.

—¡Qué hemos de hacer, hijo mío! Con tal de salir con vida de este turbion, ya podemos darnos por contentos.

—Madre estará llena de angustia... aunque la verdad es que todavía no corremos peligro.

—Sí, pero lo correremos de fijo. Por ahora nos es imposible gobernar para ganar un solo palmo hacia la costa, y la noche se presenta á cada momento más amenazadora.

III

La borrasca llegó á todo su apogeo poco más tarde, en testimonio de que Jaime no se engañaba. Profunda oscuridad reinaba en el espacio, interrumpida á ligeros intervalos por el fulgor siniestro de los relámpagos, y un ensordecedor desconcierto de truenos y mugidos de olas daba la medida de la furia de la tempestad...

—¡Andrés!... ¡Nos perdemos!—gritaba con toda la fuerza de sus pulmones Jaime para poder hacerse oír.

—¡Padre!... ¡Padre!... —respondía la voz temerosa de Andrés, con testando á aquellas imprecaciones lastimosas.

—¡El escapulario, hijo mío!... ¡El escapulario!—se oyó decir á Jaime al cabo de pocos momentos.

Y es que aquellos pobres marinos, víctimas de los furores de la borrasca, ya no tenían confianza en sus fuerzas, y acudían en demanda de auxilio á la Reina de los Cielos.

IV

Al día siguiente una mujer y una niña, Marta y Lorenza, cogidas de la mano, caminaban hacia la playa.

De sus ojos se escapaban lágrimas abundantes, y de sus pechos pesarosos suspiros.

De vez en cuando levantaban la cabeza para mirar al Océano...

—¡Nada, madre! ¡No veo nada!

—¡Dios nos ampare, hija mía! Si

tu padre y tu hermano han muerto. ¿qué será de nosotras?

Y despues de andar nuevamente largo trecho, volvían á mirar, y á no ver nada más que la fluctuante masa de agua.

Pronto llegaron junto á un grupo de rocas escarpadas, ásperas, salvajes.

—¡Allí, madre, allí!—dijo la niña señalando un lugar donde se veían restos de una lancha.

Y ámbas se precipitaron hacia aquel lugar, como si las tablas despedazadas pudieran servirles de consuelo.

V

Jaime y Andrés habían dado sobre las rocas, la lancha se hizo pedazos, y ellos quedaron entre los riscos agudos.

Allí les hallaron Marta y Lorenza sin sentido, con las ropas desgarradas y las manos llenas de sangre. . . pero cerradas, oprimiendo fuertemente el escapulario de la Virgen del Cármen.

De la Virgen del Cármen, que los había salvado de una muerte segura.

J. HUERTAS.

LAS VIOLETAS.

Violetas, dulces violetas,
emblemas de mi pasión;
estremecidas ó inquietas
cual mensajeras secretas,
habladle á mi corazón.

¡Qué arrobador embeleso
siento al miraros aquí!

¿Qué hay en vuestro sér impreso?

—¡Nuestro sér te trae un beso
que nos dieron para tí!

—Ella.—Sí; la vírgen bella
de los cielos de tu amor.

¿Sientes su invisible huella?

—La siento, porque con ella,
está mi dicha mayor.

Venid, adoradas flores,
y mis labios perfumad,
calmad todos mis dolores
y habladme de mis amores
por toda una eternidad.

Con ansia amorosa y loca,
olvidando mi sufrir;
como el que la dicha invoca,
puse en las flores mi boca.

¡Torpe! las hice morir.

De mi pena en el exceso
olvidé que está el dolor
sobre mis labios impreso. . . .

Al contacto de aquel beso
fué muriendo cada flor.—

¡Oh, pobres violetas mías

Es mi pecho su ataúd,
murieron como los días

de ensueños y de alegrías
que pueblan la juventud.

Suerte cruel, que las despojas
de galas y de esplendor,
para aliviar mis congojas
deja el beso que en sus hojas
puso el ángel de mi amor.

Cuando de la pena al peso
el alma sucumba ya,
yo, con ardiente embeleso,
pondré mi alma en ese beso
y el alma despertará.

Violetas, flores benditas,
quedad siempre, siempre aquí;
que en mis dichas infinitas,
si estáis para otros marchitas,
estáis vivas para mí.

Juan de Dios Peza.

EL LEGO CREYENTE.

HABIA una pobre viuda que tenía un hijo único, á quien amaba sobre todo en este mundo; era el niño tan inocente, tan bueno, tan sumiso, que preciso era quererlo, aun sin ser su madre; pero al mismo tiempo era tan limitado en alcances, que imposible se hacía enseñarle nada, faltándole comprensión y memoria.

Su madre lo puso en la escuela, pero nada aprendió; quiso ponerlo á un oficio, pero sucedió otro tanto, y despues de maltratarlo con burlas y vilipendios, le despidieron sus maestros.

Entónces su pobre y afligida madre buscó y halló consuelo con su confesor, que era un respetable religioso, y le suplicó intercediese con el prior del convento, á fin de que recibiera á su hijo de lego en la santa casa. Así lo hizo el buen Padre, y el muchacho entró en ella.

El religioso trató de instruir á su protegido en la religion, cuyas primeras nociones le había inculcado su piadosa madre; pero jamás pudo hacerle aprender de memoria, ni acordarse, sino de estas expresiones de la Fé, la Esperanza y la Caridad:

—¡Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios!

Cuando pasó el año de noviciado, quisieron despedirle por inepto; pero como era tan servicial, dulce y humilde, que todos los religiosos le querían, y viendo con lástima el desconsuelo de su pobre madre, determinaron que quedase en el convento para trabajar en la huerta.

Despues de largas y penosas tareas que le imponía el hortelano, veía-se, en vez de dormir y descansar, ir á la iglesia y arrodillarse en ella horas enteras.

—¿Qué hará allí?—decían los novicios:—no sabe leer, ni rezar, ni comprende el rito ni las oraciones de la Iglesia.

Llenos de impertinente curiosidad, se ocultaron un día para ver y oír en qué pasaba el tiempo, y vieron que no hacía más que repetir incesantemente, con gran fervor:

—¡Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios!

Al cabo de algunos años murió el pobre lego con la misma tranquilidad con que había vivido; halláronlo muerto en su jergon de paja, con el rostro sereno y las manos cruzadas. Lo enterraron como á un inocente, sin oficio y sin que doblasen las campanas. A poco no se reconocía el rincón de tierra en que estaba enterrado, sino por las lágrimas con que lo regaba su madre.

Pero algun tiempo despues notaron que espontáneamente había nacido sobre aquella sepultura una hermosa azucena; se acercaron, y vieron con

admiracion que las blandas hojas de la flor tenían cada cual un letrero con caracteres de oro, que decía:

—¡Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios!

Escarbaron la tierra, y vieron que la flor tenía su raíz en el corazón del hijo de la pobre viuda.

Lo que prueba que con ciencia y sin fé se pierden las almas, y con fé y sin estudios se llega hasta el cielo.

FERNAN CABALLERO.

FLORES Y NUBES.

BALADA.

Dí, madre, ¿por qué la flor
hoy tan fragante y lozana,

habrá de perder mañana
su perfume y su color?

—Hija, porque en este mundo
de apariencias inconstante,
todo pasa en un instante,
nada es firme ni profundo.

—Y esas nubes matizadas
de púrpura y de topacio,
que cruzan por el espacio
como de un ángel llevadas,

¿por qué, madre, su hermosura
se torna en sombras de duelo,

que cubren de luto el cielo
y al corazón de tristura?

—Tal es, hija de mi amor,
la ley que al mundo domina:

trás de la rosa, la espina,
trás de la dicha, el dolor,

—¿Y el amor, madre, ese bien
del corazón que suspira,

también será una mentira?

—¡Quimera el amor también!

Es un sueño de una hora,
esperanza de un instante,

vision hermosa y brillante,
que, al tocarla, se evapora.

Que esas pasiones que nacen
dentro del pecho, y lo agitan,
son flores que se marchitan,
son nubes que se deshacen.

—Mas ¡ay! si todo es falsía
en torno de la existencia,

¿en qué ha de tener creencia
mi corazón, madre mía?

—En Dios, que no engaña nunca
y en tu madre, que te quiere,

ese es amor que no muere,
que el desengaño no trunca.

Flor que eternamente crece
en los jardines del alma,

nube de bonanza y calma,
que el tiempo no desvanece.

Porque en ese amor se encierra
toda verdad y consuelo:

¡no hay más que Dios en el cielo
y amor de madre en la tierra!

J. A. Pérez Bonalde.

FABULA.

Erased un loro maldito

que se gloriaba de santo,
porque siempre era su canto,

el Santo Dios y el Bendito.

—¡Calle el necio, no eche planta

—dijo un grillo.—¡No te alabes!

pues si cantas lo que sabes,
nunca sabes lo que cantas.

Y tuvo razon el bicho;
y sus tiros se enderezan

á esos que rezan y rezan
sin saber lo que se han dicho.

Pues la cristiana oracion
jamás se remonta al cielo,
si no le prestan su vuelo
la mente y el corazón.